

## JOSÉ MARÍA NASARRE CASCANTE, ESCRITOR

por

ANTONIO SERRANO MONTALVO

Todo empezó cuando la Universidad de Zaragoza, instalada en la plaza de la Magdalena, en edificio reconstruido después de ser volado por los franceses, hoy a su vez derribado por la barbarie urbanística, que no salvó siquiera el bellissimo Salón de Grados, fue invadida jovialmente por jóvenes que deseaban hacer su carrera universitaria, pasados los años de la guerra, entonces ya en paz.

La avalancha dio lugar a numerosas filas para matricularse, que originaron el primer encuentro entre los posibles alumnos. Este contacto hizo amistades para siempre y con algún romance terminado en boda o no.

Los alumnos más afectados por la fiebre literaria colocaron un cartelón con las colaboraciones de sus compañeros, que habían de tener una extensión de una cuartilla o un folio —el mío estuvo dedicado a Antonio Machado—. Esto permitió el conocimiento de los alumnos de Letras o de Derecho, que empezaron a reunirse para tratar temas literarios, naciendo un grupo formado por José María Nasarre, Manolo Salarullana, Pepe Mainer, Paco Sancho Rebullida y Guillermo Fatás Ojuel, al que tanto debe la cultura zaragozana, y yo mismo, llegando muy pronto a que José María fundase *Proa*, revista en la que colaboramos todo el grupo. Guillermo Fatás publicó interesantes artículos de carácter sociológico, uno dedicado a Ortega y Gasset muy bueno. También José María presentó en la revista magníficos poemas de gran calidad.

Hay que resaltar que la creatividad literaria era más viva en la Facultad de Derecho que en la de Letras, que tendría su cenit en la generación de Manuel Alvar y Fernando Lázaro Carreter.

La obra de José María Nasarre continuó viviendo de un modo intermitente con otros directores de la revista, siguiendo su línea de tratar

cuestiones culturales de Filosofía, Letras y Artes, con la publicación de sus poemas, de magnífica forma y contenido espiritual, revista en la que aparecieron colaboraciones de Eugenio Frutos, Carlos Corona, Federico Torralba, Pepe Mainer, Antonio Zubiri, Manuel Salarrullana, Miguel Labordeta, M<sup>a</sup> Rosa Vicens, Manuel Derqui, Martín Retortillo, Razquin, Recio, Castro y Calvo, etc.

La revista se apagó en 1962, siendo entonces su directora Ana M<sup>a</sup> Navales.

Paralelamente al nacimiento de *Proa* apareció por inspiración de Guillermo Fatás la *Joven Academia de Letras*, que acogía a los universitarios más destacados en el campo literario, presidida por un catedrático de Universidad que dirigía las sesiones. La primera de éstas fue dedicada a tratar *El cementerio marino* de Paul Valery, José María asistió a todas las sesiones.

Junto a *Proa* tuvo lugar la aventura literaria de la revista *Pilar* con la ayuda de Antonio Zubiarre, inspirador de la misma, que la confeccionó letra a letra y página a página en una pequeña imprenta de la calle Cádiz, teniendo una entidad hermosísima gracias al buen ajuste de los blancos. Sin José María no hubiera aparecido esta revista, aportando con su entusiasmo y su sabiduría literaria su alta calidad. Sus mejores poemas aparecieron en ella. *Pilar* murió de inanición económica.

La humanidad de José María Nasarre, su profundo sentido de lo humano, latía especialmente en su poesía. Estaba siempre al lado de los perdedores, de los desheredados y de los explotados, de los que sufrían. De tal forma, que en sus primeras actuaciones como abogado le tocó defender a un desgraciado delincuente, y aunque ganó el pleito, algo –ahora no recuerdo qué– en los términos o cumplimientos de la sentencia le llevó a protestar de su aplicación, sintiéndose profundamente defraudado hasta el punto de invitar al acusado a comer a su casa.

Es que José María, a pesar de su bondad intrínseca, cuando se enfadaba ante lo que consideraba injusto, atronaba bíblicamente con su enfado.

En esta cuestión de su profundo sentido de lo humano, era un cristiano sin límites. Lo cristiano era su filosofía, y era lo que le apartaba del marxismo, conociendo las obras de Carlos Marx y sus epígonos detalladamente, como buen tratadista de la historia de las ideas políticas, a la que dedicó mucho tiempo a lo largo de su vida. Cuando fue becario del Instituto de Estudios Políticos, su mayor tiempo fue ocupado en la con-

sulta de la magnífica biblioteca de este Instituto, que le permitió conocer a fondo y en profundidad toda la historiografía de los autores clásicos y actuales de la historia de las doctrinas sociales y políticas.

Él decía que los mejores años de su vida los pasó en Madrid en el disfrute de la beca, que le permitió emplear horas en la citada biblioteca, llenando el pequeño tiempo que le quedaba en el conocimiento cultural de Madrid.

José María era también un escritor pausado, de una espléndida cultura literaria desde muy joven, en sus primeros trabajos. Su estilo era un ejercicio de poder a poder entre lo espontáneo y lo contenido, entre el fondo y la forma, entre el contenido y el continente. Entre la gramática y la espontaneidad.

Como buen jurista era obediente con la ley. Toda transgresión de ésta suponía como un pecado social o espiritual. Escribir requería aceptar unas normas impuestas por la gramática o por la preceptiva literaria, que había que aplicar con cuidado. La gramática tenía un valor singular para él. Sabía compaginar admirablemente las tiránicas reglas gramaticales con la libertad del estilo como muy pocos logran, sin forzar, sin afejar, haciéndolo visiblemente espontáneo.

Sus poemas que aparecen en los últimos números de *Proa* son impecables de forma y muy hermosos de fondo. El encuadre dentro de las reglas literarias está lleno de una emoción estética de singular hermosura.

Su prosa es contundente, precisa e invulnerable. Envuelta en una fina ironía como melodía de fondo, siendo sus consecuencias incontrovertibles.

En tiempos complicados publicó una monografía titulada “Seis artículos políticos”, con un contenido que cambiaba el presente de la época y presagiaba un cambio irrefrenable de la situación. Su estilo se advierte muy eficaz en su monografía sobre la *Figura política del hombre aragonés*, expuesto con claridad meridiana.

También, en una vuelta atrás, José María publicó uno de sus más inteligentes trabajos, en el que con argumentos irónicos desmontaba los viejos artilugios de las sociedades utópicas como paraísos proféticos, en los que se regulaba la vida humana al segundo en su afán de hacer al hombre feliz. Se trataba de su *Viaje turístico a las utopías sociales* (Platón, Moro, Fourier), editado por la Escuela de Gerentes de Cooperativas, publicación que debería reeditarse y cuya lectura es recomendable a los ideólogos.

Además de ser un autor nato, si me apuran, era también un periodista nato, que le venía de raza, de una saga de escritores, de periodistas de hacer llegar la noticia con claridad y precisión, comentada sutilmente.

Su tío abuelo don Calixto Ariño fundó en 1870 el *Diario de Avisos*, periódico de la tarde, de noticias, decretos y anuncios, cuya cabecera en enero de 1893 llevaba el subtítulo de “Periódico independiente. El de más circulación de Aragón”, y en 1896 “El de mayor circulación de la región aragonesa”.

Su padre dirigía la *Hoja del Lunes*, dándole entidad, convirtiéndola en un excelente periódico, en el que escribió José María como crítico deportivo, especialmente de fútbol. Don Rudesindo era una persona muy inteligente y de gran carácter. Durante mucho tiempo fue cronista de Tribunales, una Sección que era habitual en la prensa de entonces. Escribió crónicas deliciosas, con un magnífico estilo, que fueron recopiladas y publicadas por la Institución “Fernando el Católico”, bañadas en una sátira mordaz, pero piadosa con los reos, los jueces y los defensores en un inteligente equilibrio.

Y sus dos hijos, José María y Conchita, son dos excelentes escritores. Su padre lo sabía y estaba muy orgulloso de ellos. Son dos escritores de raza, con la acritud sana de los Nasarre y dos maneras distintas de escribir. Los dos utilizan el lenguaje con un arte perfecto: en Conchita, con una alegría luminosa de fondo, y en José María con una elegancia ágil y mesurada.

José María hace algo más de un año volvió a sus orígenes con la lectura de los grandes autores sociales. De aquí pasó a la de los grandes filósofos: Hegel, Kant, etc... En su última fase se preocupó muchísimo por la filosofía cristiana, ahondando en la cuestión de la fe, el alma y el más allá, superando estas etapas para retornar a los viejos libros leídos en su adolescencia: Azorín, Baroja, Dickens, *Memorias íntimas* de Georges Simenon... Incluso los tenía en su mesa de noche el mismo día en que se fue. También, libros sobre Zaragoza, como las *Memorias* de Cosme Blasco.

En resumen, José María Nasarre era un hombre honrado, un intelectual cristiano, un alma justa, que se despidió con libros de su vida en este mundo. Hermosa muerte. De un espíritu verdaderamente libre. Dios seguramente lo habrá comprendido así.

Merece nuestro respeto y nuestro recuerdo.